

CAPÍTULO 8

El Antiguo Testamento como peregrinación hacia el Señor

8.1. El punto de partida.

Nuestras preguntas.

- ¿Qué importancia tiene el Antiguo Testamento para la fe y la vida de un cristiano?
- ¿En serio existe el pecado? ¿Y qué es eso del pecado original? ¿No es una concepción antigua, que no responde a la realidad y la mentalidad actuales?
- ¿Qué tiene que ver el Antiguo Testamento con la realidad cofrade?
- ¿Cómo puede el Antiguo Testamento ayudarnos a vivir mejor este tiempo difícil?

La Palabra de Dios.

«Dios dijo a Noé y a sus hijos: «Yo establezco **mi alianza** con vosotros y con **vuestros descendientes**, con todos los animales que os acompañan, aves, ganados y fieras, con todos los que salieron del arca y ahora viven en la tierra. Establezco, pues, **mi alianza** con vosotros: el diluvio no volverá a destruir criatura alguna ni habrá otro diluvio que devaste la tierra». Gn 9, 9-11

«Dios dijo a Abraham: «**Te colmaré** de bendiciones y multiplicaré a **tus descendientes** como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. **Tus descendientes** conquistarán las puertas de sus enemigos.

Todas las naciones de la tierra se bendecirán con **tu descendencia**, porque **has escuchado mi voz**». Gn 22, 17-18

«El Señor le dijo a Moisés: “**He visto** la opresión de **mi pueblo** en Egipto y **he oído** sus quejas contra los opresores; **conozco** sus sufrimientos. **He bajado** a **librarlo** de los egipcios, a **sacarlo** de esta tierra, para **llevarlo** a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel. Yo **estoy contigo**; y esta es la **señal** de que yo te envío: cuando saques al pueblo de Egipto, **daréis culto** a Dios en esta montaña”». Ex 3, 7-8a.12

«Os **recogeré** de entre las naciones, os **reuniré** de todos los países y **os llevaré** a vuestra tierra. **Derramaré** sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías **os he de purificar**; y **os daré** un corazón nuevo, y **os infundiré** un espíritu nuevo; **arrancaré** de vuestra carne el corazón de piedra, y **os daré** un corazón de carne. **Os infundiré** mi espíritu, y **haré** que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y **habitaréis** en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis **mi pueblo**, y yo **seré vuestro Dios**». Ezq 36, 24-28

«El **pueblo** que **caminaba** en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz **les brilló**. **Acreciste** la **alegría**, **augmentaste** el **gozo**; se gozan en tu presencia, como gozan al segar. Porque **un niño** nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz». Is 9, 1-2.5

En estos textos tenemos, de manera muy resumida, el camino de alianza que Dios hace con el pueblo de Israel, que apunta siempre a toda la humanidad. Una alianza que va desde fuera, desde la promesa de tierra y descendencia, hacia dentro, llegando a lo más profundo del corazón, y que no se queda en el individuo, sino que siempre se refiere al pueblo.

- Una de las paradojas de la vida es esta: la felicidad a lo largo de nuestros días es algo que buscamos y vivimos personalmente, pero requiere de los demás: nadie se salva solo. Somos pueblo.
- El otro punto esencial de las lecturas bíblicas del tema, en el que vamos a profundizar, es este: la salvación se da siempre en camino.

El testimonio de la Iglesia.

Cuando nos fijamos en la historia de la salvación tenemos que partir de una realidad anterior: **necesitamos ser salvados**. Quizás es una de las

cosas que hoy se pone más en duda. “No necesito que me salven. ¿De qué deberían salvarme?”, puede ser una respuesta muy de nuestra sociedad. Parece que eso de “el pecado” es algo del pasado, suena a “palabra antigua” que tiene poco que ver con la psicología o la realidad moderna, actual.

Pero negar que existe el pecado es una simpleza y un error garrafal, sobre todo cuando miramos nuestra propia vida, y cuando miramos nuestro mundo. ¿Cómo podemos decir que no existe el pecado después de Auschwitz, después de la bomba atómica, en medio de tantas masacres, de tanta esclavitud, de tanta miseria como nos rodea? ¿Cómo puede haber alguien que niegue que existe el pecado cuando la mentira ocupa las portadas de las noticias y ya no se puede diferenciar de la verdad, cuando consentimos y aplaudimos la manipulación, cuando todo se puede convertir en un negocio, incluida la vida humana, cuando se hunden cientos de personas que intentan cruzar el mar en busca de un futuro mejor, cuando tantas personas no pueden encontrar un empleo digno, o ni siquiera trabajar...?

Desde luego, hay que ser muy cínico para decir que no existe el pecado. Sin embargo, la clave de esta peregrinación del Antiguo Testamento no es el pecado, sino Dios: el nombre de Dios es Misericordia. Y esto lo cambia todo.

Números del Compendio.

73. ¿Cómo se comprende la realidad del pecado? (*Catecismo*, 385-389)

En la historia del hombre está presente el pecado. Esta realidad se esclarece plenamente sólo a la luz de la divina Revelación y, sobre todo, a la luz de Cristo, el Salvador de todos, que ha hecho que la gracia sobreabunde allí donde había abundado el pecado.

8.2. El primer pecado, símbolo e inicio de la realidad humana.

Echemos un vistazo al relato del primer pecado que tenemos en el Génesis, que es muy interesante. Lo primero que queda claro es que hace referencia a todas las dimensiones de la persona.

- En primer lugar, la dimensión personal: se esconden, se avergüenzan, abandonan la amistad, y se acusan mutuamente.
- Después vendrá la violencia, en Caín,

- el desfase en todos los sentidos, en la narración de Noé,
- la soberbia, en Babel...
- En definitiva, ese querer “ser como Dios” pero sin Dios nos lleva a perder el equilibrio en todas las dimensiones de la vida, y a corromper en cierta manera todas nuestras relaciones: la relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con el mundo que nos rodea.
- Y el “pecado original” nos enseña que esta tendencia la llevamos todos dentro, desde el inicio de la humanidad, y tenemos que luchar contra ella siempre.

Ahora bien: el centro del Antiguo Testamento no es el pecado del ser humano. **La Palabra de Dios** no tiene el fin de decirnos: “sois malos”, sino “*yo no te abandonaré nunca, pase lo que pase*”. Pero claro, no nos abandona porque quiere salvarnos, es decir: **Dios va a acompañar al pueblo** en ese camino de vuelta a lo que estábamos destinados y a lo que renunciamos desde el principio de la historia de la humanidad. Un camino de vuelta que nos llevará hasta el Evangelio, la Buena Noticia de la Encarnación del Hijo de Dios.

Números del Compendio.

75. ¿En qué consiste el primer pecado del hombre? 396-403; 415-417

El hombre, tentado por el diablo, dejó apagarse en su corazón la confianza hacia su Creador y, desobedeciéndole, quiso «ser como Dios» (Gn 3, 5), sin Dios, y no según Dios. Así Adán y Eva perdieron inmediatamente, para sí y para todos sus descendientes, la gracia de la santidad y de la justicia originales.

76. ¿Qué es el pecado original? 404; 419

El pecado original, en el que todos los hombres nacen, es el estado de privación de la santidad y de la justicia originales. Es un pecado «contraído» no «cometido» por nosotros; es una condición de nacimiento y no un acto personal. A causa de la unidad de origen de todos los hombres, el pecado original se transmite a los descendientes de Adán con la misma naturaleza humana, «no por imitación sino por propagación». Esta transmisión es un misterio que no podemos comprender plenamente.

77. ¿Qué otras consecuencias provoca el pecado original? 405-409;

Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana, aun sin estar totalmente corrompida, se halla herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al poder de la muerte, e inclinada al pecado. Esta inclinación al mal se llama concupiscencia.

78. ¿Qué ha hecho Dios después del primer pecado del hombre? 410-412; 420

Después del primer pecado, el mundo ha sido inundado de pecados, pero Dios no ha abandonado al hombre al poder de la muerte, antes al contrario, le predijo de modo misterioso –en el «Protoevangelio» (Gn 3, 15)– que el mal sería vencido y el hombre levantado de la caída. Se trata del primer anuncio del Mesías Redentor. Por ello, la caída será incluso llamada feliz culpa, porque «ha merecido tal y tan grande Redentor» (Liturgia de la Vigilia pascual).

8.3. La alianza. El pueblo como signo de toda la humanidad.

Si decíamos que el pecado corrompe todas las relaciones del ser humano, Dios va a ofrecer al pueblo una cura para devolver el equilibrio a cada una de estas relaciones.

En este enclave es donde se produce la alianza de Dios con el pueblo. Cualquier alianza se da entre dos partes, una que ofrece protección y otra que asume una serie de cláusulas que debe cumplir para que quien ofrece la alianza actúe en favor de quien asume las cláusulas.

En nuestro caso la alianza, o las alianzas que salen en el Antiguo Testamento, y cuya máxima expresión es la del monte Horeb después de la liberación de Israel de la esclavitud, siempre son entre Dios y el pueblo. Dios ofrece la salvación, de una forma siempre más universal y más hacia el interior de cada persona. Y el pueblo se compromete a algo muy sencillo y muy complicado a la vez: ser el pueblo de Dios. Así lo vemos en las lecturas que tenemos al principio del tema:

- con Adán y Eva, Dios promete la salvación a sus descendientes;
- con Noé hay una alianza que apunta a toda la humanidad;
- con Abrahán, que confía en Dios, Dios hace una alianza que se refiere a todas las naciones;
- Israel, en el que está la descendencia de este, se compromete a cumplir diez mandamientos sin los que es imposible que sea pueblo, y Dios los guía por el camino a la libertad en la Tierra Prometida.

Hay algo que siempre está, como contexto, en todas las alianzas, y que debemos resaltar en nuestra realidad cofrade: la **peregrinación** del pueblo. Y también hay una paradoja: cuando el pueblo se olvida de caminar se olvida también de que lo que significa ser pueblo, se corrompe y se desmorona. Este “caminar” lo podemos ver en algunos de los personajes que analizamos: Abrahán tiene que salir de su tierra, Noé construye el arca y navega, Moisés no deja de caminar desde que aparece en el Éxodo, el pueblo de Israel peregrina hacia la Tierra Prometida... La peregrinación, que a veces hemos convertido en nuestro mundo actual en una “excursión con un sellito cristiano”, es una de las claves de la Biblia, y es una de las claves del ser pueblo.

Por eso es tan importante que tengamos en cuenta este punto central en nuestro ser Hermandad, no solo preocupándonos de la “estación de penitencia”, sino de la peregrinación que hace el pueblo, cada día, en busca del Señor, en nuestra parroquia. Porque es la misma clave que la que tenemos en el Antiguo Testamento, y la que veremos también en el Evangelio. Los cristianos somos caminantes, pero caminantes siguiendo los pasos de Dios.

Los números del Compendio.

7. ¿Cuáles son las primeras etapas de la Revelación de Dios? 54-58; 70-71

Desde el principio, Dios se manifiesta a Adán y Eva, nuestros primeros padres, y les invita a una íntima comunión con Él. Después de la caída, Dios no interrumpe su revelación, y les promete la salvación para toda su descendencia. Después del diluvio, establece con Noé una alianza que abraza a todos los seres vivientes.

8.a. ¿Cuáles son las sucesivas etapas de la Revelación de Dios?

Dios escogió a Abram llamándolo a abandonar su tierra para hacer de él «el padre de una multitud de naciones» (Gn 17, 5), y prometiéndole bendecir en él a «todas las naciones de la tierra» (Gn 12,3). Los descendientes de Abraham serán los depositarios de las promesas divinas hechas a los patriarcas. Dios forma a Israel como su pueblo elegido, salvándolo de la esclavitud de Egipto, establece con él la Alianza del Sinaí, y le da su Ley por medio de Moisés.

8.4. Dios no abandona al pueblo. Los profetas.

Y así llegamos a los profetas, en donde se da esto de un modo nuevo, y de los que tenemos mucho que aprender, también dentro de nuestras cofradías.

El contexto de los profetas es precisamente el extremo contrario al del Éxodo: el pueblo ya está en la Tierra Prometida, pero ha olvidado su origen, que es la liberación de la esclavitud por parte de Dios, ha olvidado la Alianza y las cláusulas que se comprometió a cumplir para ser “pueblo de Dios”, ha olvidado su ser peregrino, se ha instalado y se ha acomodado. En definitiva, ha dejado de ser el pueblo de Dios para convertirse en un pueblo más. Ha caído en la trampa de la que Dios le había advertido, y ha terminado pensando: *«Por mi fuerza y el poder de mi brazo me he creado estas riquezas»* (Dt 8, 17).

Las consecuencias: olvidar la memoria agradecida hace perder la esperanza, porque no hay nada que esperar: cuando no le debo nada a nadie, tampoco tengo que dar cuenta a nadie de lo mío; y cuando dejo de mirar a las generaciones anteriores me olvido también de las posteriores; el horizonte de futuro se hace individualista, el pueblo se vuelve consumista (*«panem et circenses»*, o “pan y circo”, una de las claves de toda sociedad acomodada, también la nuestra) y termina por corromperse y desintegrarse. Entonces vuelve la pérdida de la libertad: son llevados cautivos a Babilonia, a Persia, a Siria, después llega Roma...

Los profetas son una luz en mitad de esa oscuridad: caminan con el pueblo, denuncian todo aquello en lo que el pueblo es infiel a la Alianza con Dios, acompañan y consuelan a los que se convierten en víctimas de la situación, y anuncian la llegada de una salvación nueva, del Mesías, el Salvador que Dios enviará en el tiempo oportuno, y que no vendrá como un líder poderoso, sino desde el corazón misericordioso de Dios, como hemos visto en las citas del principio del capítulo.

En el fondo, los profetas ven, entre sombras, la venida de Jesús: “un niño nos ha nacido”. Pero sobre todo animan al pueblo a volver a ser peregrinos, a volver a buscar a Dios, a renovar todo aquello que les hizo ser el pueblo elegido. Y no solo hablan, sino que se ponen en camino con el pueblo, encarnan lo que está pasando, se implican.

Todo esto lo podemos vivir nosotros como Hermandades. Nuestra tarea es ser pueblo, acompañar al pueblo que peregrina, encarnarnos en la situación actual, ayudar a la gente sencilla a recuperar la esperanza,

señalar siempre al Señor, cuya vida nos hace ser más nosotros entregando la vida por los demás. La estación de penitencia será proclamar esto por las calles, pero la estación de penitencia no tiene sentido si no hacemos todo lo demás. Y estamos en una época en la que nos faltan profetas. Debemos ser profetas en mitad de esta crisis, de este cambio de época, de esta realidad tenebrosa que nos toca vivir.

Los números del Compendio.

8.b.

Los Profetas anuncian una radical redención del pueblo y una salvación que abrazará a todas las naciones en una Alianza nueva y eterna. Del pueblo de Israel, de la estirpe del rey David, nacerá el Mesías: Jesús.

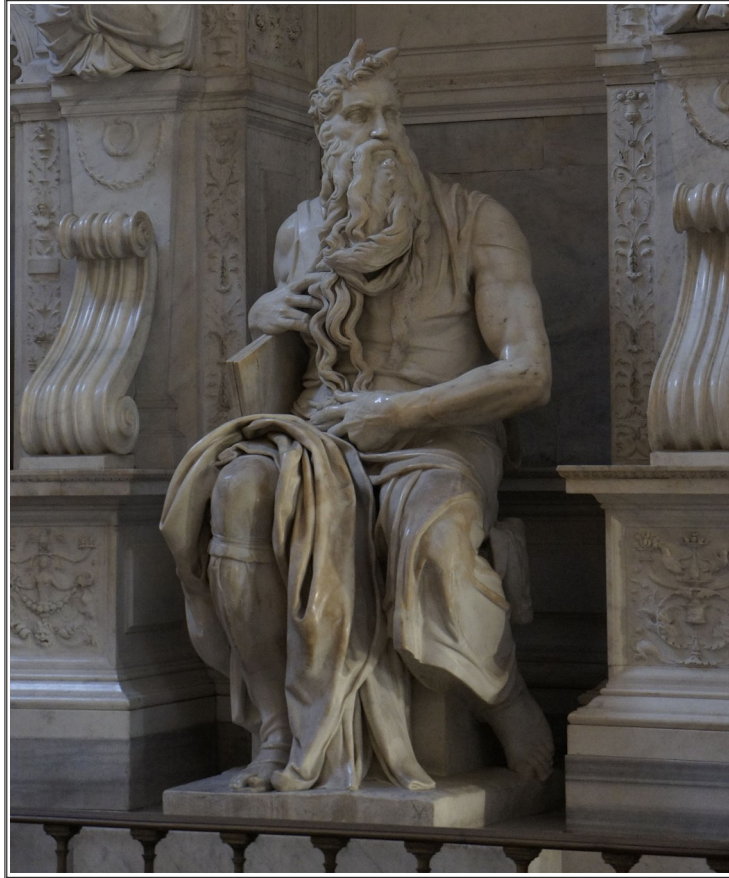
Para recordar.

- ¿Cómo nos revela Dios su ser y su plan de salvación? ¿Cuáles son las primeras etapas de esta revelación? ¿Qué tiene que ver el Antiguo Testamento con esto?
- ¿Qué significa la Alianza? ¿Cómo se da esta Alianza a lo largo del Antiguo Testamento? ¿Por qué es importante el concepto de “pueblo” en esta Alianza?
- ¿Qué tres cosas puedo destacar del Antiguo Testamento que sean importantes para mi ser cofrade?
- ¿Qué características de los profetas se pueden aplicar al ser y la tarea de mi Cofradía?

Una oración para terminar.

«Quiero pedirte prestados tus ojos
para poder contemplar mis cegueras.
Pedirte prestados tus brazos
para tomar mi camilla y ponerme de pie.
Pedirte prestadas tus entrañas
para llenarme de tu misma misericordia.
Pedirte prestado tu corazón
para hacer de mi vida un sacramento de tu amor.
Pedirte prestada tu oración
para poder ser contemplativo en la acción.
Pedirte prestadas tus lágrimas
para aprender a sonreír con los demás.
Pedirte prestado tu peregrinar
para nunca instalarme.
Pedirte prestada tu autoridad de Mesías
para sólo dejarme conducir y llevar.
Pedirte prestada tu encarnación
para que sin perder de vista el Reino
me embarre cada día con nuestra historia».

(Marcos Alemán, sj)



La imagen.

Moisés, escultura de Michelangelo. San Pietro in Vincoli.

Tenemos aquí una escultura de Miguel Ángel en la que se puede ver perfectamente esta paradoja que hemos estudiado en el Antiguo Testamento.

- Por un lado, Moisés acaba de recibir los Diez Mandamientos, que resumen la alianza de Dios con el pueblo de Israel: su rostro resplandece de gloria, representada en los “cuernos de luz” que salen de su cabeza, después de haber estado en la cima del monte Horeb.
- Sin embargo, su rostro está vuelto, con ira contenida, hacia el pueblo, que se ha hecho un becerro de oro y ha caído en la idolatría: se ha construido un dios a su imagen porque no es capaz de esperar con paciencia. Es, sin duda, un resumen de todo el Antiguo Testamento: la fidelidad de Dios, que quiere salvar al pueblo, y la infidelidad del pueblo, que no es capaz de permanecer.

Cuestionario para el trabajo personal y grupal durante el mes

Ver

Expón por escrito un hecho en el que se vea reflejada alguna de las características de la “crisis de época” que estamos viviendo hoy día, y que hemos visto en el punto 8.4. al hablar de los profetas (*Recordamos la norma: no puede ser una opinión, sino un “hecho pelado”: «este día, a esta hora, en este sitio, vi a esta persona / me encontré con esta situación, y pasó exactamente esto». La realidad son los hechos, y los juicios de valor que damos nosotros son una interpretación, pero no forman parte de la realidad misma).*

Juzgar

Lee los textos que se proponen al comienzo del tema. Reza con ellos, teniendo en cuenta las palabras en negrita, que subrayan el sentido de *peregrinación* y de *ser pueblo* que tiene la alianza de Dios con nosotros a lo largo del Antiguo Testamento.

Desde estas lecturas, que puedes meditar durante el mes, piensa qué sentimientos, actitudes, valores debes potenciar en tu día a día para fortalecer tu ser “pueblo de Dios”, desde el hecho que has puesto, y desde las características de esta crisis de época que ves que más te afectan.

Actuar

Ponte un compromiso concreto y realista (*¡Nuevamente, atención! Un compromiso concreto y realista supone que se pueda revisar. Poner día y hora. No vale «intentar algo», sino «hacer esto en concreto». Ni vale algo que dependa de otros: «si pasa esto, haré aquello», sino que tiene que depender solo de ti).* Un compromiso que concrete esas actitudes que has formulado en el punto anterior. Por ejemplo: si veo que el consumismo que corroe nuestro “ser pueblo” es superior a mi voluntad, ¿a qué cosa concreta voy a renunciar este mes, de aquello que creo que tengo, pero que en realidad me tiene esclavo / esclava? Si mi problema es que soy demasiado individualista, ¿cómo puedo colaborar con los demás, qué cosa concreta puedo hacer por los que me rodean? Esto son solo algunas ideas: lo importante es que me ponga un pequeño compromiso que me ayude a vivir mi ser cristiano y mi ser cofrade.